

pasará con todo el conocimiento que cuelga, como velo de novia, detrás de las cabezas de tantos licenciados vírgenes?» (32). «...Tenían que cultivar su talento, necesitaban alimentarlo, se pasaban los días soplando en él, protegiéndolo igual que a un fuego a punto de apagarse» (84). La originalidad de algunas percepciones metafóricamente expresadas evoca a veces la greguería: «Tardes feraces con una máscara en el rostro» (50); «las rayas planchadas de su pantalón como cuchillas con que rajar la tarde» (55); «los murciélagos de las sillas me miraban desde las mesas» (67). El final, algo sorprendente por su misma convencionalidad, resulta a mi parecer el punto flojo de la obra, una novela con gran poder de seducción.

Texas Tech University

JANET PÉREZ

Miguel Delibes. *Diario de un jubilado*. Barcelona, Destino, 1995, 214 pp.

Con la publicación de *Diario de un jubilado*, la tercera parte de una trilogía que Miguel Delibes empezó a escribir hace cuarenta años, el novelista confirma que ha optado por no retirarse de la arena literaria. Es más, cumple con la promesa que hizo hace seis lustros de resucitar un día a Lorenzo, el humilde bedel cazador de *Diario de un cazador* (1955), luego el fracasado emigrante a Chile de *Diario de un emigrante* (1958) y ahora un jubilado que ha vuelto a ponerse a anotar sus avatares existenciales en un diario. No cabe duda que el veterano literato se ha regodeado reencarnando a este viejo personaje tan representativo de la España de su tiempo. Como exclama Lorenzo en una de sus primeras hojas de su nuevo diario: «¡Anda y que no ha llovido desde entonces!» (p. 11). Sea esta resurrección enhorabuena, ya que la gracia que rezuman los pequeños escritos de Lorenzo llega como una brisa refrescante en la pesimista si no árida trayectoria literaria delibesiana de los últimos años.

La novela empieza el cinco de octubre y termina el catorce de diciembre del año siguiente. Igual que en los *Diarios* anteriores, las narraciones son de variable extensión y se caracterizan por un castellano tan coloquial como castizo. Este lenguaje a la par con los comentarios agrídulces y confesiones íntimas e ingenuas del protagonista le imprimen una entrañable simpatía. Escribe de su hija: «Si la parienta es terca, la Sonia es una mula manchega» (p. 182). Durante los catorce meses que dura esta «trache de vie», a Lorenzo le pasa de todo. El libro se abre con su determinación de aceptar «la baja voluntaria» (p. 19) en la empresa FUTESA, donde lleva veinte años trabajando. Aunque la pensión y los «siete kilitos» que ha recibido de indemnización deben permitir a Lorenzo vivir con cierta holgura, las sempiternas inquietudes económicas del ex bedel le empujan a aceptar el trabajo de «acompañante» para un engrañe-

do e inválido vate local, don Tadeo Piera. Lorenzo se deja engatusar por los obsequios y las «buenas soldadas» que recibe de ese hombre de «buenos pañales», si bien no tardará en darse cuenta de que don Tadeo es «un sarasa como la copa de un pino» (p. 93). Gracias a este dinero negro, el jubilado puede comprarse un coche nuevo, pagar a plazos una parcela en una urbanización (antes uno de sus cazaderos) y tener tratos con una prostituta que acaba chantajeándolo. Lorenzo de veras acusa el paso y el peso de los años, y más importante aún los efectos nocivos de una sociedad de consumo. Explica el jubilado: «Uno quiere engañarse con eso del oxígeno y el aire puro pero en el fondo está pensando en la tele y el vaso con los amigos» (p. 133). Ahora recalienta la comida en el microondas y pasa las tardes «dándole al mando a distancia». Sorprendentemente (y a diferencia de su creador), el empedernido cazador de antaño ha colgado la escopeta. Por desgracia, al extirpar la esencia cinegética de su protagonista, Delibes lo despoja de su originalidad, nobleza y sabor a bravío.

El Lorenzo de los noventa representa a muchos españoles que se han tenido que adaptar —mal que bien— a una sociedad que ha evolucionado vertiginosamente. Para resaltar esta alteración, Delibes echa mano de los personajes secundarios de los *Diarios* anteriores y de la prole de éstos. Por ejemplo, Tochano que antes era falangista, ahora es militante en un sindicato. El hijo de Melecio, el mejor amigo de Lorenzo, además de drogadicto, es «cacorro o bisexual» (p. 30). Sonia, la hija de Lorenzo, es enfermera y vive sola en Mallorca, independencia que su madre acepta a regañadientes. Estas asimilaciones y desfases generacionales crean cierta tensión argumental, además de lograr que el lector tome conciencia de las muchas transformaciones que se han fraguado en la España democrática y europeizante de las últimas dos décadas.

La figura de don Tadeo Piera, el poeta local, merece un párrafo aparte por el doble juego de escarnio que Delibes realiza con él. Heredero de una joyería, el solterón adinerado vive con tres hermanas que lo idolatran. Quien en principio da lástima, ya que un derrame cerebral lo ha dejado paralítico (tarda más de quince minutos en andar de la puerta de su casa al quisco de la esquina apoyándose en Lorenzo), poco a poco se va revelando como uno de los personajes más negativos de la novelística delibesiana. En el parque regaña y se ríe de los pobres que le piden limosna, soba a una niña que le pide un autógrafo y se queda mirando a los jóvenes que juegan al fútbol delante de él. El engreimiento del poeta llega a su punto culminante cuando un profesor norteamericano le propone para el premio Nobel y aquél revela a su acompañante que su discurso de aceptación ya está redactado. Delibes ha creado un personaje perverso e hipócrita, cuyo comportamiento se fundamenta en «la irrenunciabile libertad del poeta» (p. 171). Las críticas despiadadas en torno a los artistas y galardones literarios que el reciente premio Cervantes lleva a cabo mediante don Tadeo dejarán perplejo a más de un lector.

Si Lorenzo está «enganchado» a los culebrones, las convenciones estilísticas y trama de *Diario de un jubilado* también acusan la influencia de los melodramas televisivos. Don Tadeo se deja estafar por un amigo de su amante, «Toni». Lorenzo es fotografiado con las manos en la masa durante una cita con Faustina, una prostituta que forma parte de una banda de chantajistas. El suspense creado por el desvarío carnal del sesentón termina con la persecución y captura de uno de los «malos» en plena carretera y la desarticulación del grupo. La sobredosis de sexo, los diálogos parafraseados entre Lorenzo y los demás personajes, los rápidos cambios de escena, el intrincado tejido de relaciones personales y el final abierto ponen de manifiesto la influencia de las telenovelas. Irónicamente, don Tadeo alecciona a Lorenzo sobre la necesidad de evitar una «poesía facilona», pero en este *Diario* Delibes levanta un monumento al ludismo español y a la literatura «light». No obstante, es una novela que se lee con gran deleite, de un tirón. Asimismo, encierra y supura agudas observaciones acerca de la España finisecular.

Oregon State University

GUY H. WOOD

Gabriel Miró. *Corpus y otros cuentos*. Gregorio Torres Nebrera, ed. Alicante, Instituto de Cultura «Juan Gil-Albert», 1995, 435 pp.

*Corpus y otros cuentos* is a welcome addition to the on-going project of the Instituto Juan Gil-Albert to produce a new, more truly complete edition of Gabriel Miró's works (both previous «complete works» —the Biblioteca Nueva and the «Amigos de Gabriel Miró»— have long been out-of-print). Gregorio Torres Nebrera has chosen to keep the title Miró gave a collection of his short narrations published in 1927, although he has expanded that collection to include all the stories in which the central character or consciousness Sigüenza does not appear (these form the books *Del vivir*, *Libro de Sigüenza*, and *Años y leguas*). The word «cuento» in the title is somewhat misleading, given that Miró's writing (especially the kinds of pieces included here) is anomalous and difficult to classify according to traditional generic categories. In employing the term «cuento» Miró (and now Torres Nebrera) may have been attempting to mainstream his work. Few of Miró's pieces are short stories in the same sense as those of Edgar Allen Poe or Jorge Luis Borges, which contain a definable plot. Even Miró's novels lack the structural markers (beginning, middle and end) that we associate with the fictional genres; they are composed of a series of the kinds of sketches or vignettes (the Spanish word *estampa* is most apt) that comprise the volume under review.

Torres Nebrera's informative introduction provides a complete review of the sinuous history of Miró's story collections, and he also gives the